



MONDRAGÓ

El Arbofán

Ana Galán

Ilustrado por Pablo Pino



DESTINO



MONDRAGÓ

El Arbofán

Ana Galán

Ilustraciones de Pablo Pino

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2020

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Ana Galán, 2020

© de las ilustraciones de cubierta e interior: Pablo Pino, 2020

© Editorial Planeta S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición en este sello: julio de 2020

ISBN: 978-84-08-22994-0

Depósito legal: B. 10.653-2020

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



CAPÍTULO 1

Un extraño mensaje

Cale había decidido pasar la noche en las dragoneras con Mondragó. Sus padres le habían prohibido meter a su dragón en el castillo porque se hacía pis, comía todo lo que encontraba y rompía las cosas con su inmensa cola, y le dijeron que, hasta que no estuviera bien entrenado, no podía volver a entrar. Pero Cale no quería dejarlo solo. No, después de lo que había sucedido el día anterior con Murda y su primo Nidea. No quería arriesgarse a que los diabólicos chicos volvieran a raptarlo o a hacerle daño. La solución de dormir en las dragoneras le había parecido perfecta; sin embargo, no consiguió pe-



gar ojo en toda la noche. Mondragó roncaba como un oso y no paraba de dar vueltas en su establo, y además, la paja se le clavaba en la piel y le picaba todo el cuerpo.

En los establos de al lado dormían plácidamente los dragones de sus padres, Kudo y Karma. A ellos no parecían molestarles los ronquidos.

Mondragó se dio media vuelta y dejó caer una de sus grandes patatas encima de la cara de Cale.

—Qué pesado —protesto Cale intentando apartarla. Se sentó y apoyó la espalda en las maderas del establo.

Por la pequeña ventana se asomaba el primer rayo de sol. Ya estaba amaneciendo y un pájaro carpintero empezó a dar golpecitos con su pico en las paredes de las dragoneras.



TOCO TOC

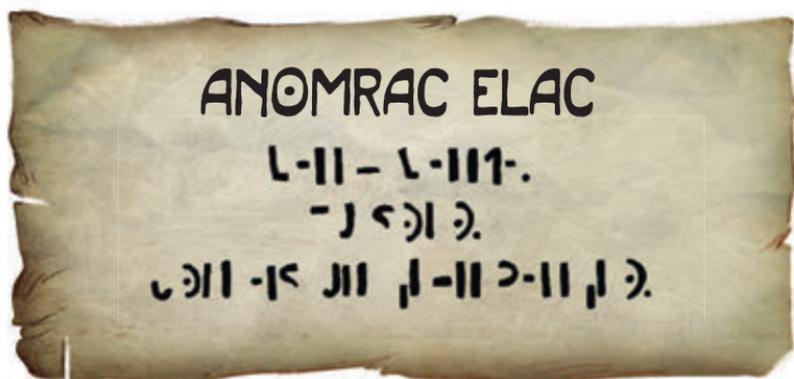
TOCO TOC



—Lo que me faltaba —dijo Cale tapándose los oídos con las manos. Estaba agotado. Bostezó e intentó acomodarse una vez más sobre la paja, pero al moverse oyó el crujido de un papel en su bolsillo.

¿Cómo se le había podido olvidar? El día anterior, cuando fue a la cabaña de Curiel a buscar a Mondragó, Cale había recogido un trozo de pergamino del suelo con unos símbolos extraños. En la parte de arriba ponía ANOMRAC ELAC, y debajo, en las dos caras del papel, había unas rayas que aparentemente no tenían mucho sentido. Parecía un mensaje en clave.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó el papel arrugado y viejo.



—ANOMRAC ELAC —leyó en voz alta—. ¿Qué querrá decir eso?

Lo repitió un par de veces y, de pronto, lo entendió.

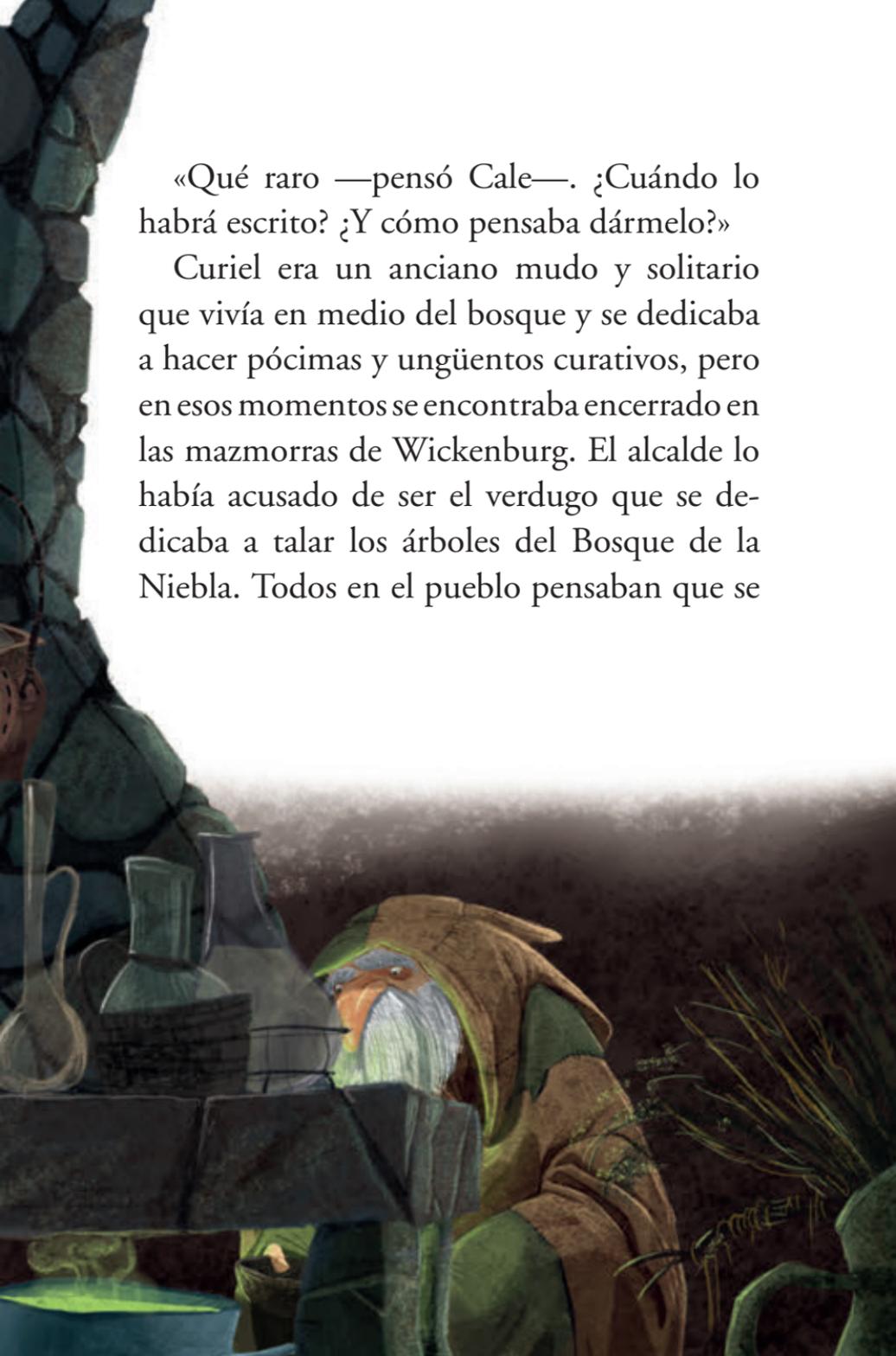
¡Era su nombre al revés! ANOMRAC ELAC: CALE CARMONA.

¡Estaba dirigido a él!

¡El curandero Curiel le había escrito un mensaje!

«Qué raro —pensó Cale—. ¿Cuándo lo habrá escrito? ¿Y cómo pensaba dármelo?»

Curiel era un anciano mudo y solitario que vivía en medio del bosque y se dedicaba a hacer pócimas y ungüentos curativos, pero en esos momentos se encontraba encerrado en las mazmorras de Wickenburg. El alcalde lo había acusado de ser el verdugo que se dedicaba a talar los árboles del Bosque de la Niebla. Todos en el pueblo pensaban que se



lo tenía merecido; sin embargo, Cale estaba convencido de que él no era el culpable. Curiel nunca destrozaría el lugar de donde sacaba sus raíces y sus hierbas medicinales. Además, ni siquiera tenía un dragón, y cuando Cale y sus amigos estuvieron en el Bosque de la Niebla y hablaron con el Roble Robledo, vieron al verdugo con su inmenso y feroz dragón. Por suerte, el verdugo no los había visto a ellos. ¿O sí?

¿Estaría Curiel intentando avisarle de algo?

¿Los habría visto cuando fueron al bosque y quería tenderle una trampa?

Cale examinó las rayas y símbolos garabateados en el papel.

A lo mejor su amigo Casi podía ayudarlo a descifrarlos. A él se le daban mucho mejor este tipo de jeroglíficos, pero era demasiado temprano. A esas horas no había nadie despierto, ni siquiera sus padres.

Levantó el papel hacia la ventana para verlo mejor y, de pronto, se quedó sin respiración.

El mensaje se leía perfectamente cuando ponía el papel a contraluz. Las rayas de la parte de atrás completaban las de la parte de delante formando tres frases. Tres simples frases que le dejaron la sangre helada.

**VEN A VERME.
TÚ SOLO.
CORRÉIS UN GRAN PELIGRO.**

A Cale le recorrió un escalofrío por la espalda. El papel temblaba en sus manos. ¡Curiel quería encontrarse con él a solas!

¿Qué debía hacer?

La idea de entrar en las mazmorras del castillo de Wickenburg le aterrorizaba. Si el alcalde, su hijo Murda o, lo que era peor, sus dragones asesinos le pillaban, quién sabe de qué serían capaces. No eran dragones como los demás. Estos podían cambiar de forma y comían animales vivos y seguramente también personas.

Pero Curiel decía que corrían un gran peligro, y si él podía hacer algo para proteger a sus amigos, debía hacerlo.

«Tengo que ir —decidió armándose de valor—. Con un poco de suerte, si voy ahora mismo, conseguiré ver qué quiere antes de que todos se despierten. Pero debo tomar precauciones. Será mejor que envíe una paloma mensajera a Casi para decirle dónde estoy. Por si acaso no vuelvo nunca...»

Se levantó con mucho cuidado para no despertar a los dragones y salió de las dragonerías sigilosamente. Después abrió las grandes puertas de su castillo y subió de puntillas hasta su habitación. Su paloma dormía en la jaula con la cabeza escondida debajo de un ala. Al oírle entrar se despertó.



—Shhh —dijo Cale llevándose un dedo a la boca—. No hagas ruido.

Cale se acercó a su escritorio, mojó una pluma en el tintero y escribió un mensaje:



Enrolló el pequeño trozo de pergamino, lo metió en la funda de cuero que tenía la paloma en la pata y sujetó al animal con ambas manos delante de la ventana.

—Al castillo de Casi —ordenó.

La paloma salió volando inmediatamente.

Cale buscó por su habitación algo que pudiera ayudarlo. En su bolsa metió a Rídel, el libro parlante, unos trozos de pergamino y una pluma. Curiel era mudo pero podría escribir mensajes para comunicarse con él.

Le habría gustado llevar la lanza de su armadura, pero su amigo Arco la había dejado en muy mal estado después de la justa con Nidea, y Casi se la había llevado a su castillo para arreglarla. No encontró nada más que le pareciera útil. Pasó por la cocina, cogió un trozo de pan y unas manzanas que había en una cesta y salió del castillo.

—Bueno, allá vamos —dijo.

De camino a las dragoneras vio la cuerda con la ropa tendida que colgaba entre dos árboles y se le ocurrió una idea.

«Esto podría funcionar», pensó.



Descolgó algunas de las prendas que había colgadas y las metió en su bolsa. Después fue a recoger a Mondragó, que seguía roncando en la paja.

—Vamos, despierta —le dijo zarandeándolo—. Tenemos que salir inmediatamente.

Mondragó abrió un ojo y lo miró. Después se estiró y se puso de pie perezosamente. Cale le dio un cubo con comida y mientras el dragón desayunaba, le ató las cinchas del mondramóvil a su lomo. Cuando terminó, ambos salieron de las dragoneras para meterse por el camino de tierra que cruzaba el puente de su castillo.

Era el comienzo de una nueva aventura.